

# Corquillas

30  
céntimos.



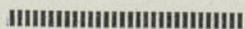
Demetrio

## REMORDIMIENTO, por Demetrio

—¡No debo faltar a mis deberes de esposa acudiendo a la cita de ese hombre...! Me remuerde la conciencia... y me duelen mucho los pies...



## De cine- matógrafo



Otra foto de LILI DAMITA en la película "La Poupée de Paris", de cuyo resonante éxito ya tendrán conocimiento los lectores. Recomendamos a nuestros amigos que cuando vean esta película lleven a prevención un salvavidas, *por si las moscas*.

¡Rediez, que niña!

# COSQUILLAS

## REVISTA COMICO SATIRICA

Aparece los sábados  
Administración:

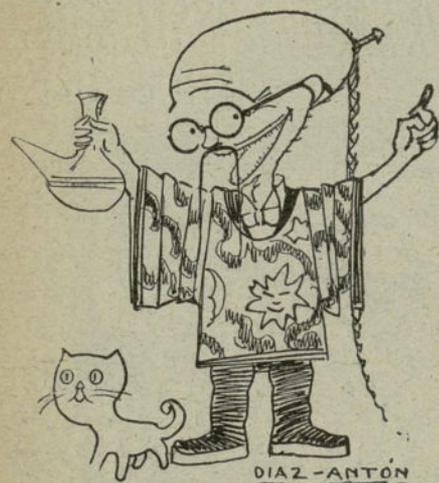
CENTRAL DE PUBLICACIONES Y EDICIONES, S. A.

Paseo del Dr. Esquerdo, 6. Tel. 53.355  
Toda la correspondencia al Ap.º 9.035

Precio del ejemplar: 30 cts.

Director: INCORDIEZ

Año II Madrid, 19 de Marzo de 1927 Núm. 25



### Microbios de ideas

por el

### “Chino desconocido,,

Las películas españolas; *salvo honrosas excepciones*, se pueden ir a hacer... secciones al infierno.

\*\*\*

Y el caso es que los caballeros debemos ser los defensores de la falda cortísima; primero, porque a la hora de sufragar el coste del traje de *ella*, nos cuesta cada vez más barato; y segundo, porque si nuestra propia esposa nos da igual con la falda más o menos corta, en cambio la esposa del vecino nos arroba y media.

\*\*\*

Una cocota de postín, está probándose calzado en una gran zapatería: El dependiente la ha probado treinta zapatos de todos los colores y hechuras. Ella los rechaza todos, porque alega no hacen juego con lo que ella quiere; Verá usted—le dice—, tengo el capricho de que hagan juego con el color de mi pelo; mire—dice quitándose el calado sombrero—caoba claro.

El dependiente que durante la prueba de los treinta zapatos se ha enterado de la filiación exacta de la linda destapada, le dice con la más amable de sus sonrisas:

—Señorita; de ese color no tenemos; ahora, si los quiere usted del color natural de su pelo, la puedo servir.

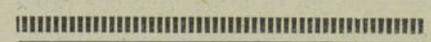
\*\*\*

La pesadilla de un autor de esos que hilvanan una obra con retazos de muchas otras que... no son suyas, es así:

—¡Dios mío, como aplauden los chistes de Fulano!

\*\*\*

El mejor argumento para conquistar a una mujer es el dinero; para conquistar a una mujer y hasta a un... ¡bueno; hay cosas que no se deben decir!



Este número ha sido revisado por la censura.



A la mujer hermosa rodéala de atenciones y rodéala con los brazos.

\*\*\*

“El que la sigue la mata”, aunque no en todos los casos. Pero cuando una señora se deja seguir, es porque está firmemente decidida a dejarse asesinar.

\*\*\*

Si quieres domar tu natural *mujeriego*, acuérdate cuando te obstines en convencer a una señora para que olvide sus deberes, de que tu esposa puede estar a esa misma hora, en compañía de un señor y con el cabello en desorden.

\*\*\*

Entre las mujeres, las hay listas y tontas. Entre los hombres, los hay listos y tontos. Lo peor es cuando se juntan dos tontos, aunque algunos dicen que eso está jaimón.

\*\*\*

Si quieres fraccionar la palabra verano, hazlo en tres partes de dos letras. Porque como lo hagas en dos partes de tres letras, te has hecho el Ramadán.





## COMENTARIOS DE UN DEMENTE

### El triste porvenir de los obesos

Ese desventurado paquidermo del Jardín de Aclimatación de París, muerto por no poder resistir el celibato, me ha hecho pensar en la tragedia de los hombres gordos. Pasamos alegremente por la vida sin darnos cuenta de las desventuras que se gestan a nuestro alrededor. Y, cuando tropezamos con un semejante que pesa más de ciento veinte kilos, con una circunferencia abdominal escandalosa, decimos para nuestro capote: "¡He aquí un hombre feliz!" sin que se nos ocurra, ni por un instante, compadecerle.

Sin embargo, un semejante de tales proporciones, es, siempre, un sin ventura.

No intento, como es natural, establecer un paralelo entre el elefante y el hombre. No voy, tampoco, a incurrir en la vulgaridad de considerar que las desdichas de los obesos estriban en no poder acomodarse a sus anchas en las butacas de los teatros, en el interior de los "taxis" y en las plataformas de los tranvías. Esta incapacidad es más para envidiada que para compadecida. ¡Las torturas que se ahorran gracias a ella! Pero sí he de llorar que el hombre gordo, como el elefante del Jardín de Aclimatación de París, sufra por las congojas de un celibato tan frecuente como irremediable.

¿Qué mujer es capaz de enamorarse de un tripudo? Apenas—tras puestos los cuarenta años—, empieza a pronunciarse lo que antes se llamaba "la curva de la felicidad", el buen sentido aconseja el suicidio. Las grasas son enemigas del

Amor. En estos tiempos—¡tan positivistas!—, la raza humana evoluciona—retrotrayéndose—, hacia el tipo de belleza helena. Las hembras y los varones se musculan... y se "menusculan". Los gordos han quedado como ejemplares curiosos de un pretérito que no ha de volver nunca.

¡Hay que ver el gesto de resignación de las señoras, obligadas, por la indisolubilidad del matrimonio, a exhibirse en público con un esposo de proporciones anormales! ¡Hay que ver la cara del marido, al percatarse, mientras se está visitando la costilla, de que poquito a poco se pone gorda!

Lo más triste del caso, lo más desesperante, es que los gordos, rechazados para el Amor activo, vienen a ser los confidentes del Amor. El gordo inspira simpatías. No se concibe—aunque las haga—, un gordo de perversas intenciones. Si una Eloísa muy siglo XXI—una tanagra—, se pelea con su Abelardo "dernier cri"—un tierno efebo, rubio y gentilísimo—, buscará para que la aconseje, abogado de la reconciliación, al gordo que tenga más a mano. El varón más celoso no hallará inconveniente en dejar solos a la dulce costilla con el amigo obeso. La enamorada más enamorada no sentirá inquietudes al encontrar cuchicheando a su galán con la amiga pepona...

Y, sin embargo, los obesos tienen su alma en su armario y sus capacidades bien despiertas. El elefante de París se hubiera conformado con una elefantita flaca. Se desesperaba porque no se la dieron y prefirió

la muerte al celibato. Las mujeres son mucho más crueles. Pueden favorecer a los elefantiásicos; tienen en todo su ser—¡hasta en su mano!—, el remedio de las amarguras de los pobres gordos y se los niegan por sistema.

Sería terrible tener que envenenar a los gordos, como se ha hecho con el paquidermo del Jardín de Aclimatación de París.

Pero, si ello es inevitable, si no vuelven a la gracia de las mujeres, ¡sacrifiquémoslos! Su primer suspiro lastimero, su primera lágrima, debe movernos a piedad. Y la piedad, según las modernas teorías eugénicas, está en aliviar con la muerte lo que no puede, en modo alguno, remediarse...

LEOPOLDO BEJARANO.



—Chica, pues yo creí que estabas casada con ese señor...

—Casada no; pero con todas las consecuencias.

Dib. de Fátima.



ASUNTO PERDIDO, por Demetrio.

—No seas tontina. Tu marido volverá como ha vuelto otras veces.

—¡Me da igual que vuelva o no... En casa, no hace más que roncar...!



# Cosas de Belorcio

Fritz se pone en cura

—¡Oh, carramba, doctor, que me está haciendo demasiado del dolor, demoño y cómo abrieta!

—No hay mas remedio. Eso se mira antes... Dígame, amigo Fritz, ¿de qué color era la combinación?

—La combinación se estaba... ¡huy, carray, carriñoso amigo, no abriete que se ma salta el capesa!

—Vamos, vamos, sea usted fuerte. Esto es de hombres.

—¡Esto si que no, carramba, no se está de hompnes de ninguna manera, herr dotor!...

—Refiérome al sufrimiento...

—Tamboco del suprimiento; sa astá de brimos. Yo jurro a la nople mamoria de toros mis badres antebasados, que a mí no me fuele a ocurrir esta cosa, garramba.

—¿Qué piensa usted hacer?

—¡Oh! Yo tiene un hermoso amico...

—¡Fritz!

—...un hermoso amico moi mocho anteligente an estas gosas, que ya me está dicho lo que yo tengo que haser... ¡No! ¡De esto amarillo no me bonga, herr dotor, que después se ma chublean a la gasa de los güespetes!...

—Bueno; lo dejaremos. Siga usted; cuénteme el procedimiento que piensa emplear en lo sucesivo para evitar estas cosas...

—¡No iodo, dotor, no iodo!...

—¿Qué?

—¡Que ma ascuese, garray!

—Bueno, bien, no chille; pondremos una gasita aquí... y otra gasita aquí, y aquí otra gasita... ¡Ajajá! Listo por hoy.

—Moi bien. Y dícame amico mío herr dotor. ¿A qué ma parresco yo ahorra al gonde de Romanones?...

—¿Usted a Romanones?

—Sí ¿A qué ma parresco?...

—No sé...

—A que los dos tanemos muchas gasas a Madrit... ¡Jol, ¡jo!, ¡jo!

—Muy ingenioso... ¡animal!

—Oh, yo no ma estoy animal, herr dotor... Es de la chufra que se dise.

—Bien; vava usted con Díos y no vuelva a deirse engañar...

—Antonses ma estaría yo un boquito demasiado bestia... Yo no quiere ya nada de la enerra... Yo me tiene ya una novia formal...

—¡Caramba!

—Garramba, sí. Me tiene una novia

que sa astá de delanterra a un equipo femenino de fútbol.

—¡Hola!

—Hola moi puenas, que osté se astá bien...

—Es que me asombro, querido Fritz.

—¡Oh, más asomprado te astarrias usted si te la fiseses! Le astá una delanterra de fútbol, perro sa astá una delanterra de Barraiso...

—¡Muy bien!...

—¡Moi pien, garramba, sí! Sa tiene un chut que no le hay quien se la pare; sa tiene dos ocos a la carra, que sa astán gomo dos batadas al intestino del daño que te hasen! ¡Qué carra fofita se tiene mi pella novia! ¡Qué curva por un desgarrillamiento! ¡Qué naris!...

—¡Qué tonto!

—Tampien; tampien ma creo yo que ma astoy un boco tonto bor esta mochacha toda ella bresiosa... gomo que ma ha desidido a hacer gon ella del madrimonio...

—¿Se va usted a casar?

—¡Oh, si en guanto ella se asté un boquito más contenta! ¡Ah, mi sobre angel! ¡Cómo yo me la quiero!

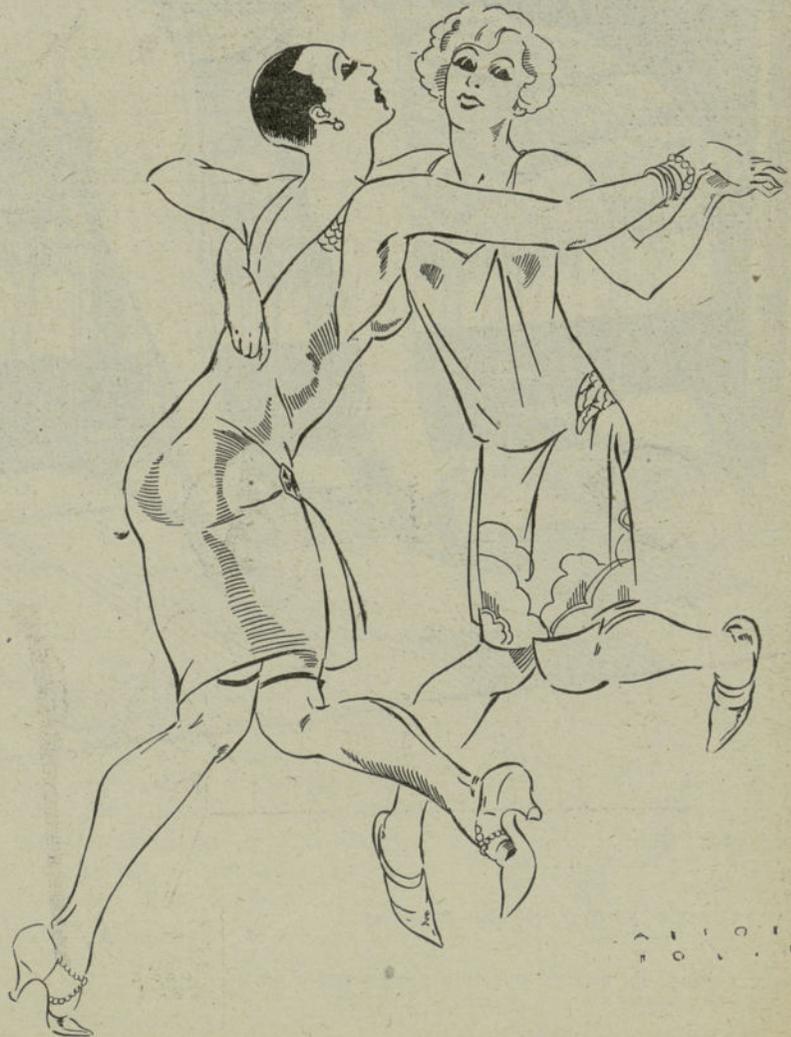
—¿Qué la ocurre? ¿Tal vez alguna derrota de fútbol?

—¡Oh, no! No se astá material lo que la ocurre; se está morral, se está del espirritu...

—Bueno, pero acabe usted ya: ¿qué le pasa a ese querube?

—Que la bobresita mía se astá al bunto de darse a la lúx de este momento al otro...

BELORCIO.



—¿Sabes que en Turquía se ha prohibido la danza del vientre?

—¡Pero será en público!

Dib. de Moine.

# Pequeñeces

Mal actor era Canuto;  
pero nadie como él  
hizo papeles de bruto...  
—¡Claro! estaba en su papel!

GAVIÑO

Cierto fraseólogo a un cura,  
después de haberle observado,  
dijo: —El órgano llamado  
de la fologenitura  
tiene usted muy pronunciado—.  
—Ahora veo que son hijos  
—dijo el cura—esos arcanos,  
pues en el pueblo y cortijos,  
padre me llaman los hijos  
de todos mis parroquianos.

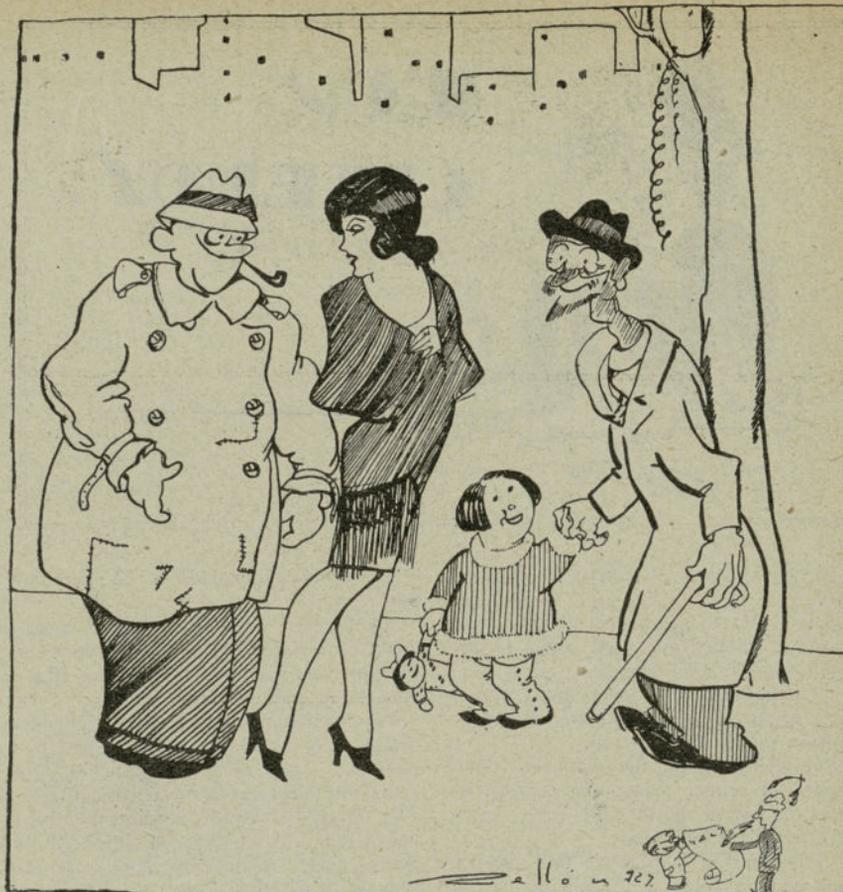
E. RODRÍGUEZ

Envidia tengo y no poca,  
al corsé que lleva Andrea,  
no por lo que la hermosea,  
sino por lo que la toca.

PLÁCIDO

Dice Gil.—Amo a mis hijos,  
me enojan los de los otros.  
Y su esposa le contesta:  
—¡Pues dí que te enojan todos!

\*\*\*



La nena.—Oye, papáito; ¿Qué le está proponiendo esa joven a ese señor?  
El padre.—¡Un edén, hija mía; un edén!

Dib. de Bellón.

A Ramón pregunté ayer:  
—¿Tienes hijos? Y él me dijo:  
—Pregúntale a mi mujer  
que lo sabe más de fijo.

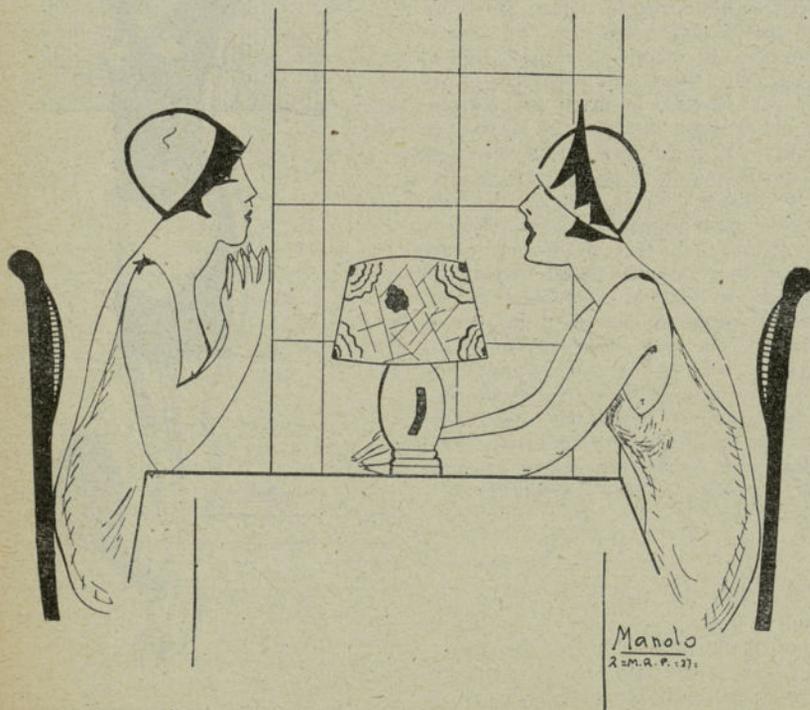
\*\*\*

Queriendo dar una carda  
un mocito a un albartero,  
le dijo: ¿Cuánto dinero  
llevará usted por su albarda?  
—En seis pesetas cabales,  
responde, la venderé;  
pero por ser para usted  
se la pondré en veinte reales.

A. ROBOT

Un hijo pequeño tiene  
el marqués de la Pílonga  
y cuando la Pascua viene  
a su papá pide el nene  
que un nacimiento le ponga.  
Pero él no lo sabe hacer  
y le dice su mujer:  
—Mi primo lo hará al momento.  
Y arreglan un nacimiento  
que aquello es lo que hay que ver.

M. RAMOS CARRIÓN.



UN CASO EXCEPCIONAL, por Manolo.

—¡Chica tuve que devolverle el dinero; no te digo más!



El teatro es falso, como un dije de 2,10.

En el teatro le meten a uno cada situación idiota como para coger al autor y golpearle el cráneo.

Una de las situaciones más falsas, es cuando el comediógrafo nos presenta a un marido burlado.

Por ejemplo, en una comedia sentimental, el primer actor, que encarna el papel de un novelista algo cursi, recibe el siguiente anónimo:

“Tu mujer te la pega de una manera que repugna como la Carabaña. Te lo comunico para que tengas cuidado cuando te pongas el flexible marrón.

Te da uno natural por bajo, con la izquierda.



El.—Yo quiero mucho a su marido, pero... tengo mil pesetas para usted sola.

Ella.—Si usted me da palabra de no decir nada... porque si mi marido se entera, me... me las quita.

Dib. de Herreros.

Un amigo aficionado a las becerradas”.

Y el autor de la comedia nos encasqueta esta escena, haciéndonos creer que lo que hace un novelista en esa situación es lo siguiente:

El novelista. (Sentado en una cama turca, deja caer la carta al suelo, después de ojearla, y mira fijamente a la nariz de un espectador de butacas.) ¡Me engaña! (Pausa de diez minutos.) ¡Me engaña! (Otra pausa de cerca de media hora. Dejando de mirar a la pituitaria del aludido espectador y mirando a una gachí que está en un palco con su padre y con dos piernas de deleite.) ¡Sí, sí!... ¡Me engaña, me engaña! (Hay otra pesadísima pausa y coge el anónimo del suelo y lo arruga entre sus manos.) ¡Y este papel me lo dice y me destroza el alma! ¡Oh! ¡Y yo que la quiero con toda mi sangre, como no he querido nunca! ¡Nunca! ¡Ah! (Otra pausa que aprovecha el actor para pasarse la mano por la frente, despeinarse un poco y sacarse un puño.) ¿Y quién será él? ¿Quién será el canalla que me roba el amor de ella? ¡De Elisa!... Pero, después de todo, ¿qué importa quién sea, si no soy yo? En el amor no vence el que ama; vence el amado. (Después de decir esta estupidez, se levanta y va hacia la chimenea, en donde hay un retrato de la adúltera, que por cierto, no se le parece en nada, lo coge, lo mira y se va con él al mismo sitio en que estaba sentado, arqueando mucho las cejas. Luego, con la cabeza entre las manos, rompe a llorar fuertemente y dice, mientras cae el telón.) ¡Nena! ¡Nenita!...

\*\*\*

Y, claro, las señoritas sollozan, las madres hipan y el autor se hincha de monedas auténticas. Pero esto no es verdad. En la realidad, un novelista recibe el papelucho anónimo y espeta lo siguiente:

El novelista. (Leyendo dos o tres veces la carta.)—¡Caray! ¿Será verdad? ¡Pues es lo único que me falta-

ba! No. Esto debe ser alguna chirigota de ese critiquillo de Pelaez, que me aborrece. ¡Ahora, que si es verdad, la voy a moler a estacazos! ¡Pues estaría bueno! ¡Vamos, hombre!

Y no dice más.

\*\*\*

Otro caso.

En un sainete madrileño, el anónimo lo recibe un carbonero de la Guindalera y el sainetero se cree en la obligación de presentarnos la escena de esta forma, para que el público ría al mismo tiempo que se emocione:

El carbonero. (Después de leerlo.)— ¡Mi madre! ¡Anda diez! ¡Bueno!... ¡Y dice que me la encola!... ¡Pues sí! (Asomándose a la puerta de la lateral izquierda y llamando a grandes voces.) ¡Paca! ¡Paca!... ¡Ah, sí! ¡Ha salido! ¡Claro, se habrá ido con el otro! (Dando un puñetazo sobre la mesa.) ¡Pues eso sí que no, contra, que no la mantengo yo pa que otro la adelgace, rediós! (Se sienta en una silla y piensa un momento; después, dice.) ¡Claro, ahora comprendo por qué se lavaba los pies toas las semanas! (Cosa que le hace mucha gracia a los espectadores del anfiteatro segundo. Levantándose y tirando un florero a las baldosas.) ¡Maldita sea! (Después le asalta una idea,



—Desde que me protege el señorito no limpio la casa. ¡Así se queja del polvo la señorita!

Dib. de Montero Bosch.

que el actor expresa dándose un golpe encima de las cejas, y llama a su hija.) ¡Paquita! ¡Paquita!

Paquita. (Niña de cinco años, bastante raquítica, entra y se apoya en las piernas de su padre.)—¡Papá!

El carbonero. (Mirándola duramente y volviendo luego la vista hacia el público, dándole a entender que va a decir un chiste.)—Pues no. No se parece a Celestino. (Se vuelven a reír mucho los espectadores del aludido anfiteatro y un acomodador suplente.)

Paquita. (Al ver la mirada severa de su padre empieza a llorar, muy mal por cierto.) ¡Ji, ji, ji!

El carbonero. (Abrazando fuertemente a su hija.)—¿Lloras? ¿Por qué lloras? ¿Por qué lloras tú, mocosilla? (Dándole un beso y llorando también amargamente.) ¡No llores, redíos, no llores! ¡No llores, que me partes el alma! ¡No llores, que yo no lloro! ¡Hija, hija mía!

\*\*\*

Y los del repetidísimo anfiteatro, empiezan a derramar lágrimas de una forma, que tienen que intervenir los bomberos.

Pero, no, señores. Esto es muy emocionante, pero algo imbécil.

En la realidad, pasa esto:

El carbonero (Al acabar de leerlo.)—¡Atiza! (Y no dice más en un rato. Luego, va a llamar a su mujer, pero se acuerda que ha salido a comprar un repollo para la cena y se sienta en una silla, en donde lee nuevamente el anónimo.) ¡Pues, anda! (Entra Paquita en la habitación, metiéndose los dedos en las narices. El padre la ve y dice.) Niña, sácate los dedos de ahí, so guarra. (La niña, al ver la cara de bestia que tiene el padre, empieza a llorar.)

El carbonero. (Bastante cabreado.)—Mira, rica, no llores ahora, porque te sacudo. ¡Pues sí que se me ha puesto a mí un humorcito como para andar con gaitas!... (Y la da un zurrío que la tambalea.)

\*\*\*

En la comedia aristocrática y traducida del inglés por un empleado de las cédulas, el que recibe el anónimo es un conde y los autores nos toman los remolinos haciéndonos creer que pasa esto:

El conde. (Con un batín de seda que le ha hecho su mujer)—Sí; lo dice bien claro. (Lee de nuevo.) Tu mujer te la pega. ¡Bah! Lo comprendo, y lo esperaba. Las mujeres son malas como las butacas del Infanta Isabel. (Enciende un pitillo, después de darle unos golpecitos en el dorso de una mano.) Y, sin embargo, aún la quiero. (Pausa.) ¡Bah! El cariño no existe. (Da dos otros paseos por la sala, algo preocupadamente. Luego toca un timbre.) El cariño es una mariposa que vuela sobre un lago y que se va despacio hacia el infinito.

Criado. (Entrando.)—¡Señor!

El conde.—Prepárame el frac. Voy a salir.

Criado.—¿El señor conde olvida que esta noche cenan con el señor, los señores marqueses padres de la señora condesa?

El conde. (Con una sonrisa amarga.)—Y bien. No importa. (Poniéndole al criado una mano en un hombro.) Una comida familiar no merece que un frac permanezca en un armario. (Tira el cigarro con rabia al parquet.) ¡El frac, Pepe, el frac!

\*\*\*

¡Mentira! En la realidad sucede así: El conde.—¡Qué estupidez! ¡Ya me figuraba yo esto! (Pausa.) ¡Pero qué pendones son las mujeres! Y ya lo sabrá todo el mundo, como si lo viera. No tienen miramientos, ni vergüenza, ni nada. ¡Qué asco! Y esta noche vienen a ce-



—Lo más bonito de esa novela, es ese pasaje en el que ella toca el piano y el la viola.

Dib. de Goni.

nar sus padres y hay reunión familiar. Pues yo me voy. ¡Que se vayan a hacer gárgaras! (Llamando.) ¡Pepe!

Pepe. (Entrando.)—¿Qué?

El conde.—Oye; tráeme el abrigo.

Pepe.—Bueno.

\*\*\*

Y, por último, en el drama espantoso, en que mueren dos o tres fulanos en cada acto y nos quieren presentar el sudodicho caso, nos lo encasquetan así:

El primer actor. (Dando un grito horroroso al leer la misiva.)—¿Eh? ¿Qué palabras envenenadas me traen en este papel? ¡Me engaña, ella, ella! (Empieza a llorar de una manera asquerosa.) ¡No! ¡Los hombres no lloran! ¡Los hombres matan y arrancan el corazón de aquellos malvados que nos lo arrancaron a nosotros! (Cae agotado en una mecedora, al mismo tiempo que se deshace la cor-

bata y pone cara de idiota.) ¿Pero por qué me engaña? ¿Por qué es tan mala? ¡Porque yo la quiero con toda mi alma, y toda mi vida, y toda mi sangre! ¡Yo la quiero! ¡Y ella me mata! ¡Oh! (Levantándose algo fastidiado y yendo a la lateral derecha a sisear a la primera actriz y un amigo, que están hablando muy fuerte con el traspunte.) Pero, no. Antes los mataré yo a ellos. A Gualterio, que es quien me roba este cariño. ¡Porque es Gualterio, sí! Gualterio, que paga mi amistad con su traición. ¡Canallas! ¡Canallas! (Va al cajón de una mesa y saca un revólver. Las espectadoras se tapan los oídos.) Bueno. ¿Y para qué matarlos? (Las espectadoras se quitan los dedos de los oídos.) ¿Para vivir siempre con su maldito recuerdo? ¡No! ¡El que debe morir soy yo! ¡Yo! (Las mujeres se vuelven a tapar los oídos, ya algo molestos por tanto cambio de opinión.) ¡Yo! (Mirando el revólver.) ¡Madre, mamita! ¡Perdóname! (Se mete por la lateral izquierda y primero se oye la bronca que le echa al traspunte por consentir que hablen alto y luego un disparo. Por el foro entran Carolina y Gualterio.)

Carolina. (Abalanzándose a la puerta por donde entró su marido y golpeándola.)—¿Qué has hecho, Lujs? ¡Abre, abre!

Gualterio. (Que ha leído el anónimo que estaba en el suelo y enseñándose a su amante.)—¡Carolina! ¡Se ha enterado!

Carolina. (Mirando al bombero de servicio y levantando la mano derecha para hacer un solitario que le han regalado.)—¡En nuestro amor ha caído una gota de sangre!

\*\*\*

Y esto no es verdad. Lo que dice un gachó en esas circunstancias, es lo siguiente:

El.—¡Maldito sea su padre! ¡Si es una guarra, si no lo puede remediar! Les voy a dar una puñalada a cada uno, que les voy a sacar los intestinos... Pero, después de todo, los mato y yo me quedo hecho polvo en un presidio. ¡Maldita sea! Lo mejor es que sea yo quien me despene y así acabo de una vez con esta vida y con el reuma que padezco, que cada día estoy peor. ¡Maldita sea! (Se pone furioso y ciego de ira, se tira por una ventana al patio, porque da la casualidad que no tiene revolver.)

Carolina. (Entrando con Gualterio.)—¿Qué horror! ¡Se ha suicidado, oye! (Se desmaya casi.)

Gualterio. (Después de leer la carta.) ¡Arrea, tú, es que se han enterado de lo nuestro!

Carolina.—¡Pues le hemos fastidiado!

\*\*\*

Y esto es la verdad.  
¡Y lo demás son narices!

MIGUEL SANTOS

(Ilustración de Mihura.)

# Una carta para Bellón

Rincón del Medik (Tetuán), 28 febrero 1927.

Señor Bellón

Mi respetable y pistonudo dibujante: Por si tiene la bondad de hacerla llegar a conocimiento de "4 de los 7", le adjuntamos la contestación pedida al chiste que repiten en el núm. 22 de su "cosquilleante" revista.

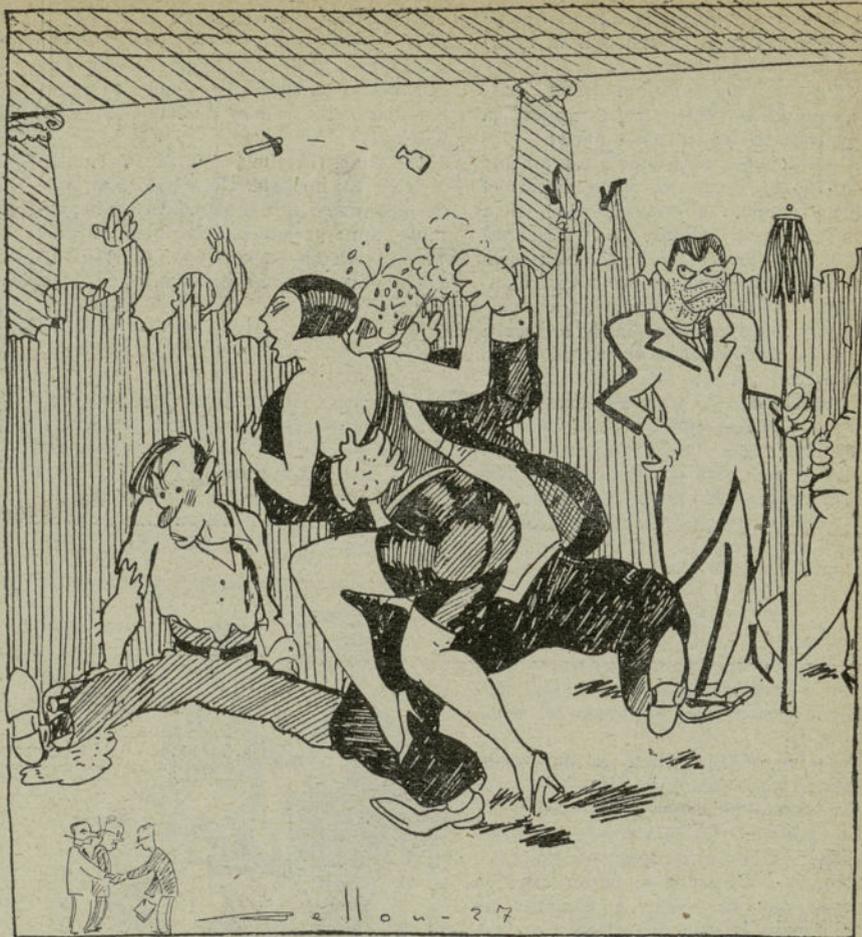
A nosotros no nos ha resultado tan difícil, como a dichos señores, a pesar de ser la mitad de cerebros a discurrir, lo que demuestra que tenemos más del doble de substancia gris (anticipándole que carecemos de abuela por defunción de las susodichas), y que sus dibujos y chistes nos han producido graves irritaciones otorinolaringológicas. ¡Caray! Creíamos ahogarnos.

La referida solución se la diremos en metáfora para evitar se cubran las mejillas de las ingenuas lectoras del carmín delator del rubor. Sí, señor; y para nosotros diremos que si se colocaba a la derecha el novio habitualmente y aquel día se trasladó a la izquierda había efectuado un desplazamiento, o, lo que es lo mismo, se había corrido... de una butaca a otra; pareciéndonos muy bien que la novia huyese del novio, pues si todas las tardes iba a correrse de butaca, en lugar de cine, a lo que asistían era a un "cros".

Los señores "4 de los 7", pueden comprobar esta solución dándose una vueltecita por la teoría geométrica de simetría con respecto a mi punto, y en Historia Natural, en "Diferentes medios de reproducción de las especies" y malogramiento de las mismas. (Pueden saltarse el empleo de la incubadora por no ser aplicable al caso que nos ocupa).

De usted hasta el subsuelo,

2 de los 4.



El bastonero.—Este tío gordo va a quedar como... "pa" no poderse cobrar la cena.

Dib. de Bellón.

Como todos los extraordinarios de COSQUILLAS tengan el éxito del de Carnaval, nos vamos a hacer Urquijos.

## Sencillamente

El.—Por besar tu blanca mano, amada, la vida diera, y otras mil perdiera ufano, si otras mil tener pudiera.

Por besar tus bellos ojos, amada, yo batallara hasta vencer, y de hinojos tus bellos ojos besara.

Por besar tu tersa frente, amada, me cegaría con un acero candente mientras te bendecía.

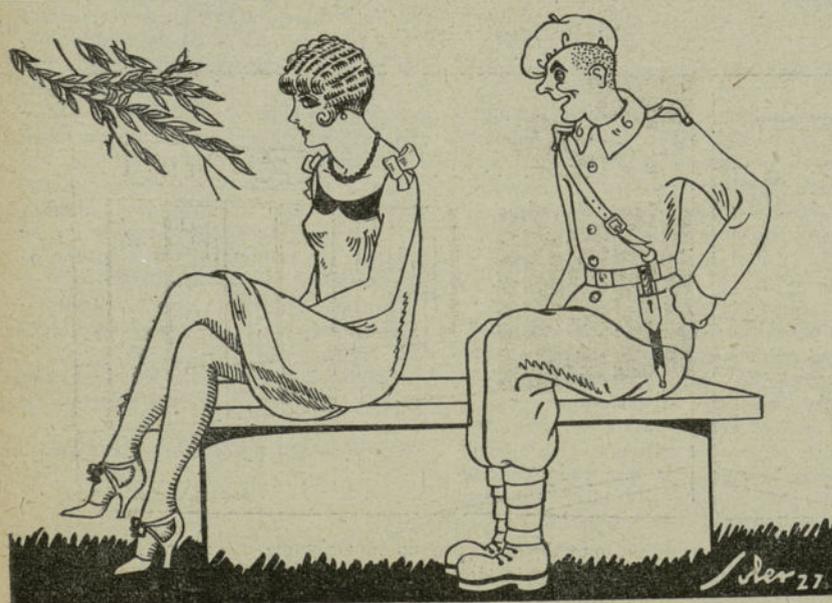
A besar tus rojos labios, amada, no me apresuro, que hiciera entonces agravios a este amor tan noble y puro.

Ella.—¿Besar ojos, mano y frente cuando en flor mi boca brota?...

El.—¿Qué dices?

Ella.— Sencillamente,  
que me parece idiota.

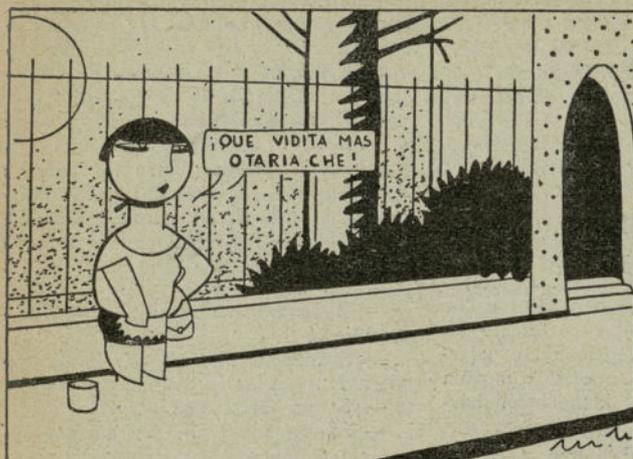
PABLO TORREMOCHA



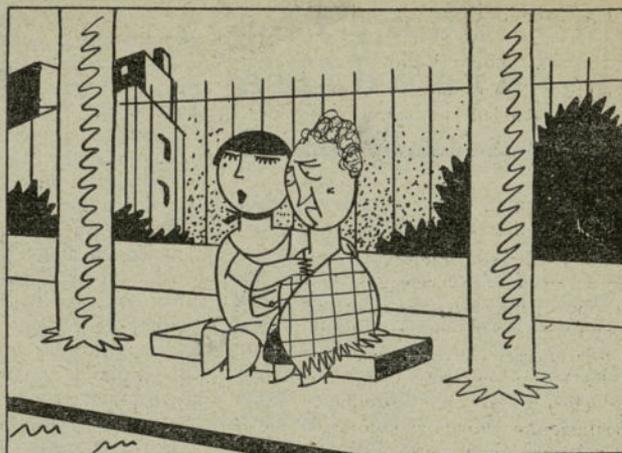
—¿Quiere usted estrenarme el uniforme?

Dib. de Soler.

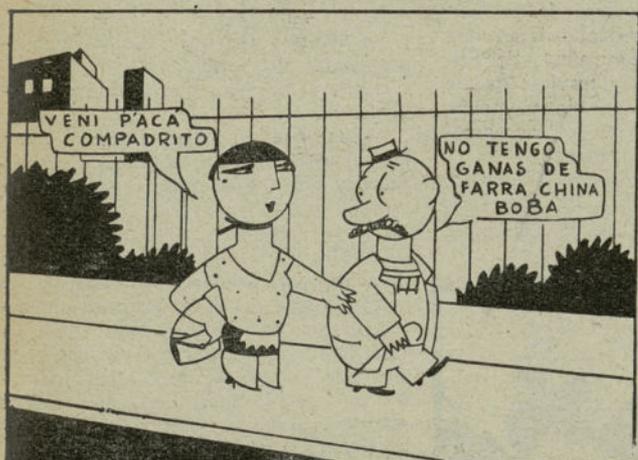
POR SI ACASO. Historieta = tango, por Mihura



Pobresita muchachita  
que trabaja sin cesar  
para ahorrar unos cuartitos  
y esa vida abandonar



Y poner algún negocio  
y cuidar a su mamita  
que aunque está mal el decirlo  
la pobre es una viejita.



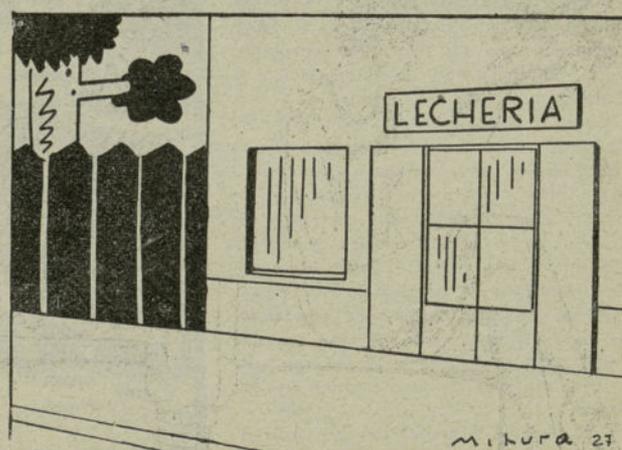
Y la triste milonguita  
trabaja con ilusión  
al pensar en su viejita  
y en un tango compadrón.



Y pone tanto empeño  
en trabajar para aborrar  
que de tan bien que lo hace  
hay cola en el boulevard.



Pero cuando al fin pudo reunir una cantidad respetable y dijo a todos sus amigos que iba a poner una tienda con el producto de su trabajo...



...la muy brutita puso un negocio que no es por nada, che, pero ninguno de los que la conocían compraba allí, por si acaso...

(1) Nota del dibujante.—En las cuatro primeras viñetas la acción transcurre de noche. Se lo juro a ustedes.

## Los conejos de Jarandilla

En un lugar cuyo nombre no hace al caso, de la cercana sierra de Guadarrama, estación veraniega donde toda incomodidad tiene su asiento, acaeció esta verídica historia que voy a referir a los lectores de COSQUILLAS, por mejor encajar en sus páginas de buen humor y picardía, relato, que si tuvo en sus principios, puntos y ribetes de tragedia calderoniana, en el fondo, elaboración y desenlace; hubo travesuras del alocado diablillo del amor y del deseo; que con sus enredos y celestinajes, aderezó picarescamente y con la salsa del escándalo, lo que estuvo llamado a ser poético idilio, color azul o rosa, aquel que ustedes crean más emblemático de la inocencia y de la castidad.

\*\*\*

Don Galo de la Jarandilla, era un acomodado comerciante de la villa del madroño y del guardia de la porra. Hombre probó, de seriedad franciscana y de una extremada estrechez de caletre en cuestiones de orden moral y social, sólo vivía atento a la guarda de sus caudales, de su hija—tierno pimpollo de diez y ocho primaveras—y de sus conejos, famosa colección en la que no faltaba ni una sola variedad y a la que para su mayor comodidad y procreación, había instalado con todo lujo de detalles, en la finca que comprara con este fin en la sierra y adonde iba todos los domingos y fiestar de guardar en el frígido invierno, en la rosada primavera y en el dorado otoño. En estío hacía de la finca estación veraniega y en ella se acomodaba con su hija y una doncella, dejando el timón de la nave mercantil en manos de un su hermano, que la conducía con absoluta pericia y honradez.

Hombre don Galo de poca sociabilidad, su hija Margot—neé Margarita Jarandilla—se aburría como “carabina” en el “cine”, ya que no le era posible inventar clase o lecciones, pretextos en la corte de los milagros para concurrir a Molinero, al “cine” y algún que otro “the charlestón”, donde sin preocupaciones se baila al compás de esas murgas neoyorquinas que llaman “jazz-band”, capaces de alterar el sistema nervioso a una persona medianamente equilibrada.

Y se aburría Margot, que era hermosa como una promesa y exuberante como vestal de Rubens, a pesar de Lolo Sampascual, pollo “fruta escarchada”, que era su tormento y su desesperación. Hijo éste de un fotógrafo, sus actividades amorosas no corrían pareja con su

narcisismo y su cautela. Concedía una mayor importancia a la raya del pantalón y al “bordado” con los pies de un fox o charlestón—de los que era primer premio—que a aquel “bocado de cardinal”, que por su buena ventura se derretía por su persona. Se conocieron en el Palacio de Hielo, y Loló lo encontró “brutal”, y sin saber cómo ni cuándo, se halló novio de Margot, como podía haberse encontrado convertido en pescador de cangrejos.

Por rara coincidencia, veraneaba también en aquel pueblecito serrano, de donde era personaje principal y decorativo, con grave desesperación de la “vestal de Rubens”, que por hacer vida retraída—por la insociabilidad paternal—había de renunciar a su compañía er instantes en que su imaginación haría volcánica, más la precisaba.

Por esta causa se ven poco y a destiempo. En contada excursión; los domingos en misa y alguna que otra noche, en que carente Lolo Sampascual de verbena o reunión aristocrática, se aventura a ir a las afueras del pueblo, donde está situada la finca de su “Julietta”, recatada su personalidad por una blusa campesina y acompañada de Silvestre, mozo avisado y travieso que le sirve de espolique y que le acompaña con mucho mayor gusto por tener amores con la doncella de Margot.

Charlan los cuatro—dos a dos—a



—¿Y tú puedes pasar sin tu marido cuando se marcha de viaje?

—¡Toma; y cuando no sale también!

Dib. de 8870.

través del enrejado de la puerta de la finca, con grandes sobresaltos y sudores de Lolito, que sólo ve sombras alucinantes y amenazadoras que le espantan, sin ser freno a este pavor las seguridades de Margot y las bromas de Silvestre, que aprovecha el tiempo que es un primor, no dando paz a sus palabras ocurrentes y desvergonzadas, ni a las manos, que perdidas entre los barrotes de la puerta, se ejercitan en exploraciones venusianas, que son envidia de la cálida Margot, que muy bajito dice a Lolo:

—¡No me quieres!

—¡De una manera atroz!; pero tengo miedo.

—¡Siempre el mismo! ¿Si tú te atreverías?... ¿Si no fueras tan encogido?...

—¿Si yo fuera más atrevido?...

—¡Sí, aún más! ¡Si me quisieras como yo te quiero!

—¡Pero, si te quiero, riquina! Pero, ya ves..., pueden vernos... ¡Y qué dirán!

—Para conseguir esto, se me ha ocurrido un plan.

—¿No venir?

—¡No, no; eso no! ¡Malo! Viéndonos dentro del jardín.

—¿Pero, no dices que tu padre guarda las llaves?

—Eso qué importa. Puedes saltar las tapias del jardín, por donde está la morera del prado, que te servirá de escala.

No fué posible ver la cara que puso Lolito. Tan sólo se sabe que él, tan diligente para alejarse del lado de su amor, aquella noche, al retornar al pueblo, lo hizo silencioso y lento, como si esta lentitud retrasara el instante en que, por imperio de un capricho de cabcita loca de mujer, él, más infeliz que una ursulina, tuviera que convertirse, muy a su pesar, en un don Juan, libertino y castigador.

\*\*\*

Don Galo de la Jarandilla, llevaba unos días taciturno y cariacontecido. Su concepto inviolable y casi sagrado de la propiedad, no transige con el hurto, casi diario, de sus conejos, que van desapareciendo sin que él pueda evitarlo. El día anterior había faltado uno de color blanco, que tenía en grande estima y hombre de prontas resoluciones, se juró no comer a manteles, ni cortarse las barbas, hasta descubrir al autor de aquella falacia rateril y conejera.

\*\*\*

Noche misteriosa y oscura, como alma de celestina. Lolo, a ramolque de Silvestre, que infúndele confianzas y le pinta con vivos colores la perspectiva de paraísos de aventuras, se dirigen a la mansión campera, que encierra sueños y quimeras de mujer. La doncella, tras de la puerta, avísales que Margot espera impaciente de amores. Bordean el recinto y una morera que se apoya en el tapial, es escala por la que as-

ciende torpe y vacilante Lolo, triste caricatura donjuanesca. Silvestre, al verle a horcajadas del muro, sin darle tiempo a meditación, le empuja, y su figura se pierde como absorbida por la noche. El "escudero", cumplida su importante misión, va en busca de quien impaciente le aguarda y a su lado, pasa una hora, dos tal vez.

Llega el instante de la separación y Silvestre acuérdate en aquel instante de su acompañante, un poco extrañado de tan largo diálogo. Cautelosamente, sube por la morera, tratando de sondear las tinieblas, un bibiseo, como canto de sirena, se escuchó entre la fronda del jardín. Desciende rápido y unos brazos de mujer le encadenan y unos labios ardientes y carnosos sellan su boca, mientras a su cuerpo se adhiere otro cuerpo, de curvas acusadas y tremantes.

La del alba sería, cuando camino del pueblo, vacilante e inseguro, marcha Silvestre, protagonista de una aventura inexplicable. En su aturdimiento, no puede explicarse la misteriosa desaparición de Lolo Sampascual, que se ha borrado de la faz de la tierra de una manera tan inesperada y sobrenatural.

\*\*\*

Bien de mañana salió don Galo de la finca, volviendo a poco con una pareja de guardas jurados.

A gritos llamó a su hija, que a poco se presentó adormilada, pálida y ojerosa, arrebujada en un lindo salto de cama color malva. Cuando estuvieron reunidos, se encaminaron a la parte trasera del edificio, donde radicaba el albergue conejil. Una vez allí, don Galo habló de este modo:

Desde hace tiempo venía notando la falta de mis conejos y, dispuesto desde ayer, en que me robaron el más querido, a que tal cosa cesara, anoche, esperé al ladrón tras de la tapia y, al verle descender alegre y confiado, lo atrapé por el pescuezo y en esa habitación lo encerré para entregarlo a los representantes de la autoridad y amparadores de la propiedad.

Y abriendo con llave un cuchitril estrecho, albergue porcino las más de las veces, sacó arrastras a un sujeto lívido y desencajado, que arrodillándose a sus pies, pedía perdón con ayes lastimeros.

Margot, a la vista de aquel cuadro, dió unos gritos y se desmayó como corresponde, mientras su padre y los agentes de la autoridad, mudos testigos de aquella tragedia, reconocieron en el sujeto que imploraba perdón, a Lolo Sampascual, campeón de charlestón y de tango, figura decorativa y principal de aquel mundillo de preocupaciones y vanidades.

El padre de la doncella dióse una palmada en la frente y lo comprendió todo. La autoridad, con sonrisa comprensiva de hombres experimentados, se plegó en retirada discreta y Margot, vuelta en sí, se arrojó a los pies del autor de

sus días, implorando con Lolo un perdón que estaban más que necesitados, por su cortedad el uno, por su prematura ansia de vivir la segunda.

No hay que decir que la polvareda del escándalo, en el que hallábase comprometido el honor de los Jarandilla, fué disipada con un enlace matrimonial y con la llegada del primer nieto—arribado a este mundo con un poco de precipitación.

Don Galo perdió su afición conejil y en un arranque de insospechada generosidad, regaló su colección a Silvestre—que de guarda quedó en la finca serrana al matrimoniar con la doncella de Margot—, el cual, según los iba convirtiendo en sabrosa pepitoria, aseguraba muy formal, no exenta de socarronería, que no existían en el mundo entero mejores y más sabrosos conejos que el conejo de la Jarandilla.

A. ANDRADA

## Madrinas de guerra

Las solicitan:

José Galera Rubio y José Hortelano Alcázar. Sanitarios. Hospital de O'Donnell. Ceuta.

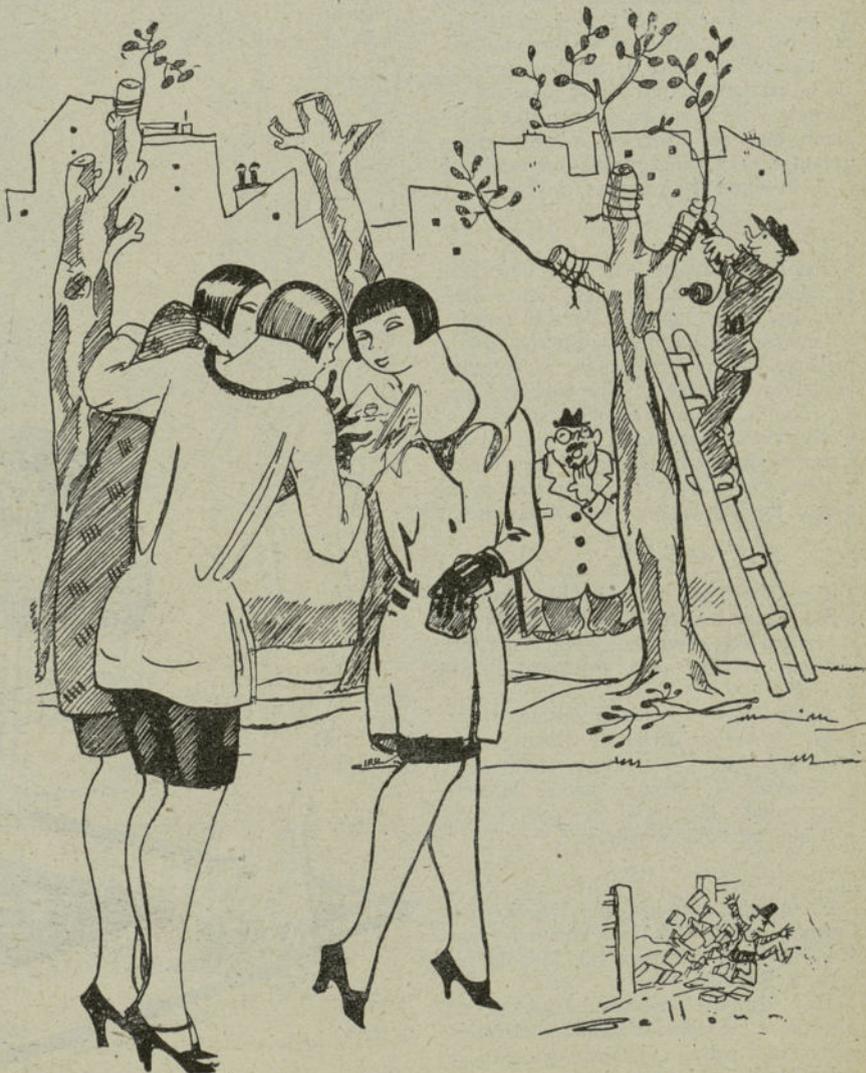
Santos Grande y Pedro de la Riva. Quinta Bandera de la Legión. Larache.

Benigno Blanco. Vendedor de COSQUILLAS en la misma Bandera.

E. Galindo Rodríguez. Batallón de Ingenieros de Tetuán.

Antonio Duxans, José Ferré y Miguel Guardia. Compañía de Telégrafos de Campaña. Tetuán.

Francisco López, cabo Antonio Murillo, Juan Cejudo, Andrés Sánchez, José Benavente, Antonio García, José Gaveda, Bartolomé Freres, Luis Martín e Hilario Martínez. Comandancia de Ingenieros. Segunda Compañía. Larache.



LA MORAL AL USO, por Bellón.

Una.—¡Yo no sé cómo leáis esas porquerías!... Mamá me ha dicho que antes de cogermela leyendo una novelita de esas, prefiere que me escape con un casado... que tenga mucho dinero.



Esto de la moralidad se está poniendo al rojo.

En Norteamérica, los grandes empresarios de películas se han visto precisados a poner cláusulas en los contratos de las más famosas estrellas del film, en virtud de cuyas cláusulas todo artista que se embriague, tenga amantes o se divorcie sin causa justificada, se verá privado de trabajo y de futuros contratos.

Mucho nos tememos que esta medida origine la muerte del "cine" en Norteamérica. Para nadie es un secreto que la aureola de fama de muchas estrellas de la pantalla radica en su vida de escándalo y de aventura. Si por ello se les quita que se divorcien o que tengan amantes, ¿en qué quedan convertidas?

A lo sumo, en estrellas sin rabo.

\*\*\*

Estos Carnavales han sido detenidos en Madrid más de setenta jóvenes afeitados, a los cuales se les ha impuesto multas de quinientas pesetas por... melena. Un nuestro amigo, al enterarse del caso, ha dicho, alarmadísimo, que es cosa de tomar precauciones.

Nosotros discrepamos de su opinión. Creemos que el hecho no es para tanto.

Pero, como dice el refrán que en el tomar no hay engaño, allá cada uno...

\*\*\*

En Castellón, un individuo piadoso, quiso hacer tomar sulfato de cobre a su suegra con el cariñoso objeto de que no sufriera con una enfermedad que padecía.

Aplaudimos el rasgo y opinamos que todos los yernos cariñosos deben ponerlo en práctica.

¡Aunque sus suegras gocen de perfecta salud! Más vale un "por si acaso" que un "quién pensara".

\*\*\*

Es opinión unánime, que Manolo San Germán es el Rodolfo Valentino español. Nosotros opinamos que Manolo supera a Rodolfo.

Hay datos elocuentes. Véase si no *Malvaloca*. Rodolfo Valentino, al interpretar esta película, hubiese caído en la vulgaridad de tiznarse la cara, ponerse un traje grasiento, etc, para actuar en la fundición de campanas.

Manolo San Germán, es más exquisito. Actúa en tan sucio lugar con ca-

misa de sport y pantalón de impecable planchado.

Eso es para que se vea que a elegancia no nos ganan en el extranjero; porque el arte, la estética y la propiedad de escena, son cosas secundarias.

\*\*\*

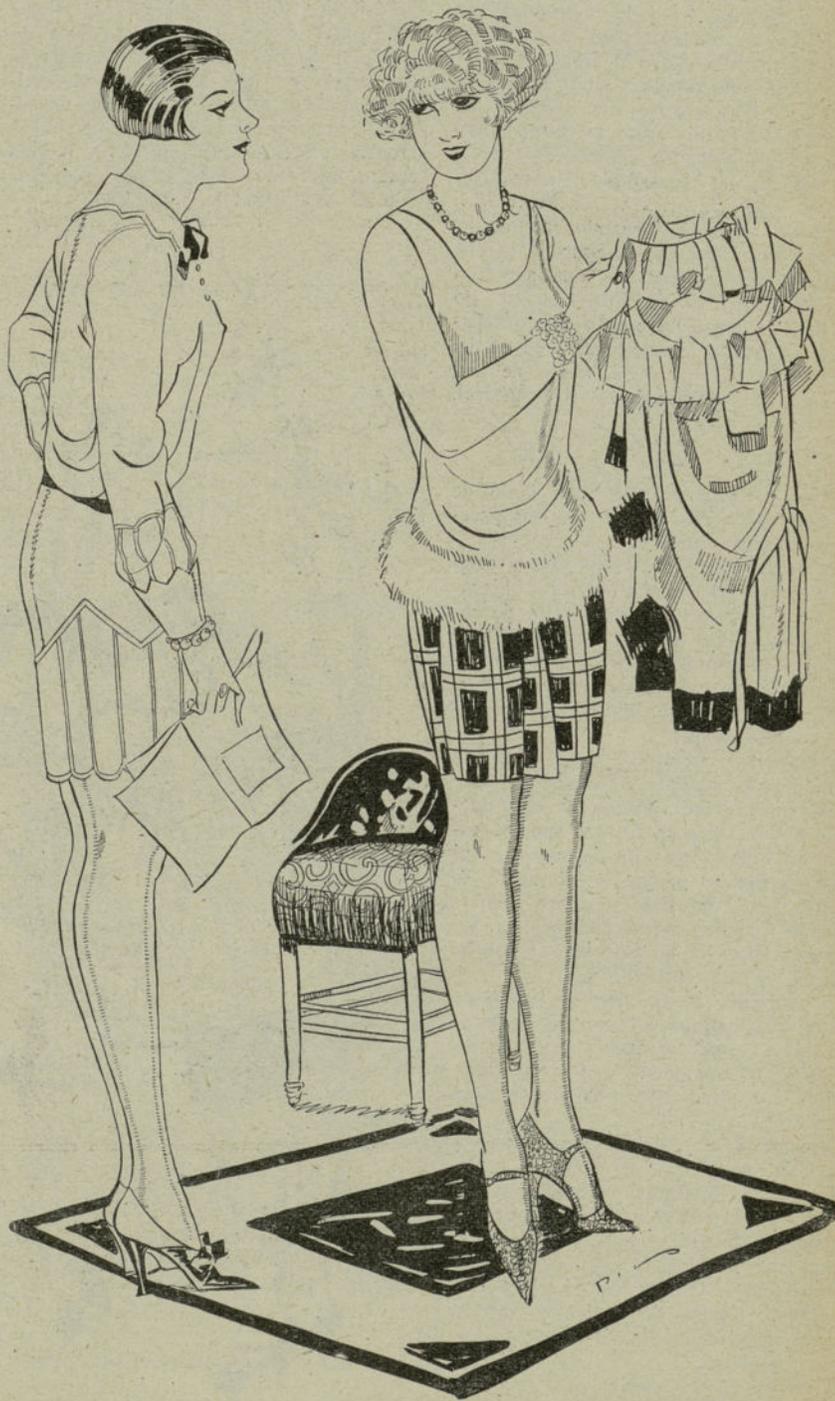
El joven y pasional José Quero agredió días pasados con una navaja a su novia la bella Juana Querida.

Esto siendo su novia y siendo Querida Si no llega a ser *querida*, el joven Quero se la deglute.

\*\*\*

Leemos en un diario de la noche: "La ocupación de Renania ha sido largamente discutida."

Es de suponer que de la discusión habrá salido la fórmula que resuelva la ocupación. El agua de Carabaña, por ejemplo.



—Este es el pierrot que me pondré esta noche.

—¡Pero, mujer; con ese disfraz no vas a cubrir más que lo imprescindible!

—¡Pues lo imprescindible es lo que quiero salvar!

Dib. de Picó.

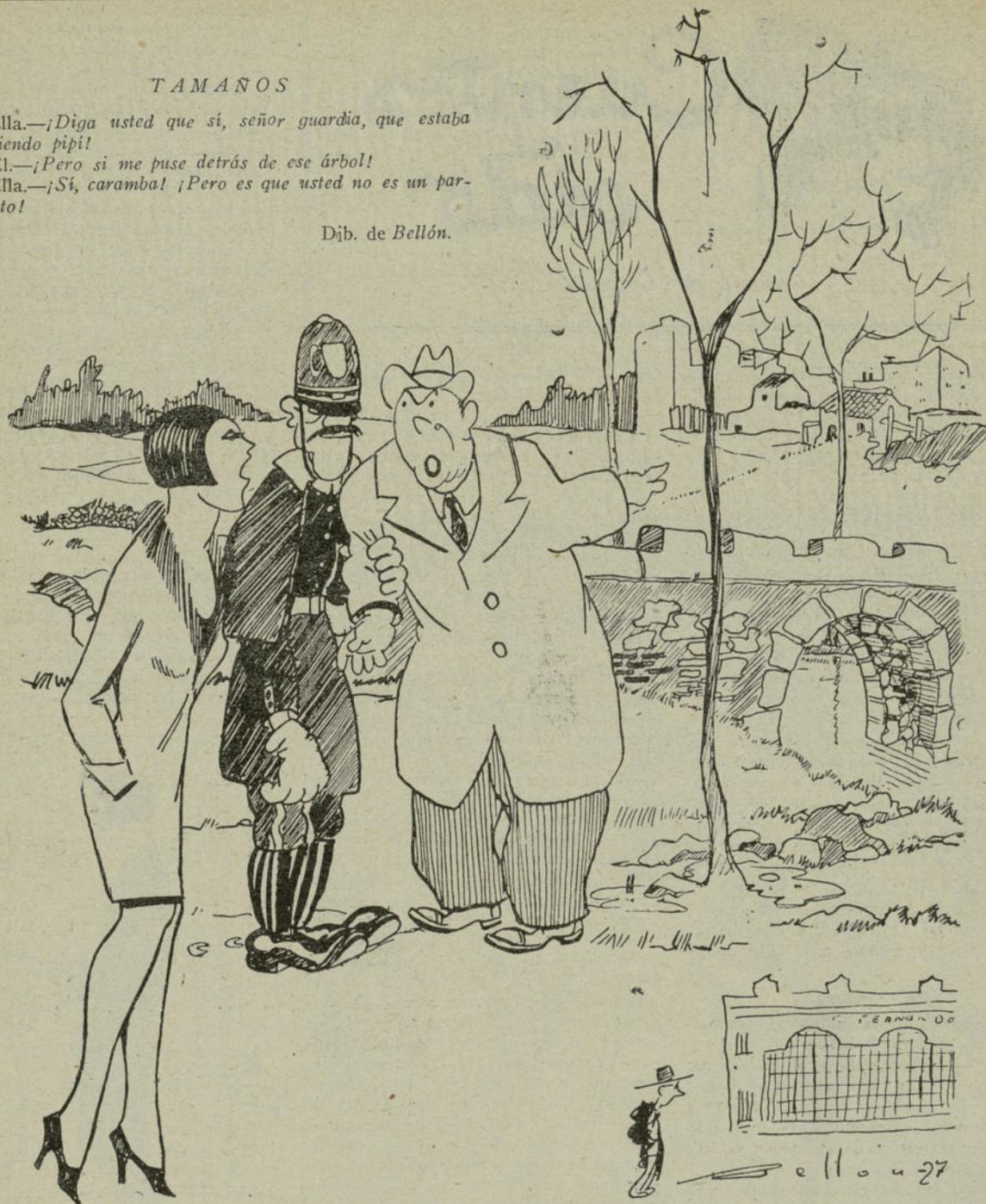
TAMANOS

Ella.—¡Diga usted que sí, señor guardia, que estaba haciendo pipí!

El.—¡Pero si me puse detrás de ese árbol!

Ella.—¡Sí, caramba! ¡Pero es que usted no es un parvulito!

Dib. de Bellón.



EPIGRAMAS

Te quiero más que a mi vida,  
dice a Rosa, Casimiro,  
y el tal bribón, en seguida,  
fué a casa y se pegó un tiro.

E. DE LASTANÓ

Tuvo Antonio con su esposa  
no sé qué tenaz porfía,  
lo cierto es que ella decía  
entre irritada y llorosa:

—Te portas, al fin y al cabo,  
como quien eres, Antonio,  
porque a ti, para demonio,  
no te falta más que el rabo.

P. PÉREZ Y GONZÁLEZ

Ayer la enajenabas con tu acento,  
pero hoy ya la constipas con tu aliento.  
Es la esencia mejor de la belleza  
el oler un olor de la limpieza.

Ya sé, ya sé que con formal empeño  
sofiaste en resistir, pero fué un sueño.

CAMPOAMOR.

Estando en una soiree  
la bella Luisa y su tía,  
aquélla a ésta le decía  
mientras servían el té:  
—¡Lo que es con él no me caso!  
¿No ves? ¡Si cantando espanta!  
Si hace todo como canta  
no me sirve para el caso.

GALO ALONSO

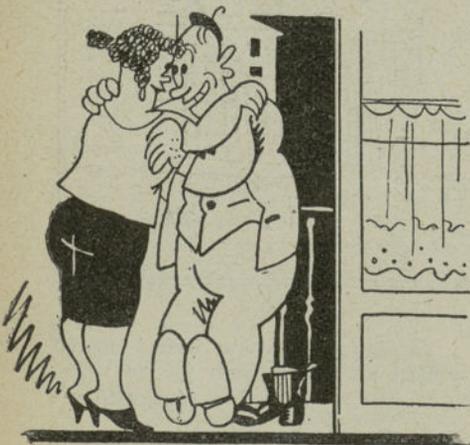


# Cuentos al oído

Una niñería

El notario don Luis Garduña, ya un tanto caduco, se pasaba la vida dando fe de cuanto acontecía en torno suyo, y su mujer, doña Paula Benavides, opulenta jamona, gastaba sus días y aun algunas de sus noches, en dar fe, esperanza y caridad a cuantos necesitados de "fembra placentera" se ponían a su alcance.

La gente del pueblo donde vivía este honrado matrimonio solía decir que en todo el lugar no había un solo ateo. Allí la presencia de Dios hacíase palpable mediante milagros inconcusos. Era un milagro que don Luis no se hubiese enterado en su vida de las andanzas de su mujer; era otro milagro que ésta no hubiese sucumbido ya, víctima de sus íntimos ardores implacables; era, en fin, otro milagro—y no el menor de ellos—el que el notario, sólo con un sombrero, pudiese tapar los incontables "adornos" con que su adorable esposa le emperejilaba la cabeza. Ante aquel cúmulo de prodigios, de todos los labios había de escaparse forzosamente una fórmula de fervorosa fe... ¡De cuán misteriosos medios se vale en ocasiones la Divini-



SENTIMENTALES, por Bluff.

La Romualda.—*Ya ves que te he agradecido el bisté de ayer, que te dejó subir hasta el balcón.*

Usebio.—*Pues ya me puedes dejar que pase adrento, si es por eso, porque carne no ha de faltarte.*

dad para enderezar nuestros pasos por los caminos del bien!...

Doña Paula tenía un niño llamado Pablito, que, según el registro civil, era hijo también de don Luis, contra lo que afirmaban las malas lenguas, que llamaban al niño "hijo de la casualidad, del acaso y del caos". Este hijo de... su madre, de unos diez años de edad, poseía una ingenuidad encantadora; iba y venía por la casa con una libertad absoluta y la colmaba de risas y cánticos. Entreteníase preferentemente en el despacho de su papá, donde el pasante Antolín solía dejar el trabajo algunos ratos para hacerle barquitos y pajaritas de papel, participar de sus juegos y contarle cuentos sencillos, encantadores, como el de la Cenicienta, el de Caperucita roja o el de Pulgarcito.

Muchas veces los sorprendía la madre. Esta, entonces, ahuyentaba del despacho al niño mediante cualquier pretexto y quedábase a solas con Antolín en espera quizá de que el pasante le contara también algo interesante. Para ello, sin duda, se sentaba a su lado o se acodaba ante él sobre su mesa de trabajo. Puesta de este modo, Antolín veía que se ahuecaba el descote y sus ojos se hundían, a pesar suyo, en aquel grato abismo de seda y encajes, y en cuyo fondo se movían inquietas las pommas de los pechos suaves y desasosegados. Cuando, azorado por esta contemplación, apartaba la vista de allí, había de contemplar, fijos en él, los ojos verdes de doña Paula o la sonrisa de sus labios o la curva mal cubierta de sus hombros blancos. Eran a continuación las insinuaciones manifiestas, los suspiros que levantaban las hojas de los legajos, las dulces quejumbres, las aproximaciones, las manos puestas sobre los hombros o pasadas por los cabellos, los contactos contumaces sabiamente dispuestos. Hasta que el pobre pasante sudaba y trasudaba, perdía el color y, rechazando la tentación, huía a cualquier sitio reservado para librarse de aquella mujer.

La lasciva doña Paula, sin embargo, no cedía en su empeño de seducir al mozo. ¿Tan marchitos estaban ya sus encantos que no conseguían enloquecerlo? Muchas veces, por la noche, antes de acostarse, se miraba al espejo mientras se desnudaba. Según desaparecía la ropa, iban reflejándose en la luna fron-

tera sus piernas robustas, sus muslos poderosos, la línea briosa de sus caderas y su bien proporcionado busto. Quitadas las horquillas, sus rubios cabellos le retozaban sobre los hombros y se le columpiaban, ondulantes, por la espalda. Doña Paula, mientras se despepezaba, se sonreía a sí misma, porque todavía se sentía capaz de gustar a cualquier hombre, por descontentadizo que fuese. A cualquier hombre, desde luego, menos a su marido, el cual solía contemplar estas deliciosas escenas metidito ya en la cama, sin asomar fuera de las sábanas más que el picudo gorro de dormir y la nariz granujenta, y chillando de vez en vez a su cónyuge:

—Paula, hijita, que te vas a constipar. No te mires más al espejo. Puede tentarte el diablo...

"Puede tentarme cualquiera que no sea un maula como tú"—pensaba ella.

Y se zambullía en el lecho, donde cerraba en seguida los ojos para no ver la avellanada catadura del malpocado don Luis.

\*\*\*

A medida que transcurría el tiempo, Antolín comprendía que se le acababan las fuerzas y que, si doña Paula continuaba su asedio, no había para él otra solución que la de abandonar definitivamente la casa o la de sucumbir. Doña Paula, por desgracia suya, le gusta-



LOS CHICOS DE AHORA, por Mouro.

Ella.—*Dile a tu hermano que le espere esta noche en lo más oscuro del callejón.*

El chico.—*¡Y si no puede ir él, voy yo a hechar una mano!*

ba más cada día; pero, al mismo tiempo, don Luis le inspiraba un profundo respeto. Por consiguiente, el cuidado mozo se balanceaba entre estos dispares sentimientos, víctima de mil vacilaciones cotidianas.

Cierta mañana presentóse a trabajar en el despacho a la hora de costumbre. Supo que don Luis acaba de salir de casa. Comenzó a copiar afanosamente un legajo. Su pluma chirriaba en el silencio de la estancia. A lo lejos se oían los chillidos de Pablito. Por un abierto ventanal, que daba a un patio triston y monacal, entraba la melancolía del día invernierno y nublado. De pronto alzóse sigilosamente una cortina de damasco, que tapaba la puerta del despacho, y doña Paula apareció en el umbral más bella, más tentadora que nunca.

Antolín sintióse vencido por ella desde el primer instante; pero, a pesar de todo, deseoso de resistir hasta el último límite, alzóse de su asiento, trazó con una tiza en el suelo un ancho círculo alrededor de su mesa e increpó a la mujer:

—¡Doña Paula! Ya no puedo más. Esta situación es insostenible. Advierto en mi interior una especie de fiero leoncillo, que quisiera despedazarla a usted. ¡Por favor!... ¡No pase de esa raya, porque si pasa usted, la... devoro!

(Antolín no dijo precisamente "la devoro". Hemos usado, sin embargo, del verbo "devorar" a guisa de púdico eufemismo, para que no se alarmen las personas decentes, todas las cuales, aunque empleen con harta frecuencia en su conversación el citado verbo pronunciado por Antolín, luego, en viéndolo escrito o impreso, se escandalizan desahoradamente.)

Doña Paula no se arredró ante la amenaza del mozo. Era, sin duda, mujer intrépida, porque, avanzando hacia él, refugióse entre sus abiertos brazos, lo miró gachonamente y le dijo:

—Anda, Antolín... ¡devórame!...

El pasante, esclavo, al fin, de la lujuria, no supo ni quiso resistir más a la tentadora. Apretujóla contra su pecho, arrastróla hasta un diván cercano y comenzó a "devorarla" allí glotonamente.

Entregados al frenesí de su propio placer, ni doña Paula ni Antolín vieron que Pablito, atónito, observaba aquella escena desde el otro lado de la puerta. No sabía el pequeñuelo qué explicación dar a lo que veían sus ojos. De repente, cuando más ensimismado se encontraba, el niño sintió unos pasos por la escalera. Correspondían a don Luis, que regresaba de la calle. Pablito le saltó al cuello, lo besuqueó ahincadamente y, por último, le preguntó:

—¿Adónde vas, papaíto?

—¿Adónde quieres que vaya, hijo mío?—le contestó don Luis—. A mi despacho, a trabajar...

El niño entonces le advirtió ingenuamente:

—Mejor sería que no fueras; pero si vas, ten cuidado de no pasar de una raya que ha hecho Antolín en el suelo.

—¿Por qué?

—Porque Antolín está furioso, y al

que pasa de esa raya lo "devora". Ahora está "devorando" a mamá...

Don Luis Garduña quedóse pálido, convulsionó el semblante, cerró iracundo los puños, se mordió los labios y, con furioso continente, echó a correr hacia... la cocina. ¿Para qué ir al despacho?... ¿Para qué?... ¡Resignación! ¡Resignación!... ¡Prudencia! ¡Prudencia!... ¡Para cuatro días que se vive en este mundo!...

JOSÉ A. LUENGO.

## Virilidad perfecta

instantánea, sin medicamentos.  
«SECRETO FAUST», infalible  
¡aun septuagenarios! Envío pliego cerrado, 0,25. Escribid Apartado 1.236. Madrid

*Prometemos cuidar y embellecer los números sucesivos de tal manera y con tal amor, que esperamos subir nuestra tirada cuatro o cinco millones de ejemplares.*



EL ESTADO PERFECTO DE LA MUJER, por 8870.

—¿Cómo me he desmejorado!... ¡Desde que me casé, estoy muy fastidiada!

# Quisicosas

Se han tomado ayer los dichos Laura Ruiz y Antón Fontechos; mas, según Pepe Bolichos, se han tomado ante los hechos.

\*\*\*

La mujer del jardinero Floro Ramos Retamar, a su esposo va arruinar malgastándole el dinero. En modas, se gasta toda la paga de su marido, y él está ya decidido a hacer al gasto una poda. Mas, Luisa, aunque él se incomode, sigue vistiendo a la moda, pues a ella no ha quien la poda... ¡digo!, que no hay quien la pode.

\*\*\*

—Luis Labra se ha examinado del tercero de abogado...  
—¿Y qué?... ¿Aprobó Luis Labra?  
—¡Como aprobar! a probado... que no estudia ni palabra...

\*\*\*

Según dicen por ahí cien mil cantoneses hay que van a tomar Sanghai como quien toma *sanguí*.

\*\*\*

Cruz, a su novio Vergara, le hace gastar tanta *lus* que él, ya asegura que Cruz en lugar de Cruz... es *cara*...

\*\*\*

La coquetuela María jugaba a la lotería dos números con Pascual, y él, con tono natural, le preguntó el otro día:

**FOTOGRAFÍAS  
SELECTAS: RARAS  
Hermosas colecciones**

**10 ptas. en sellos de Correo.**  
Escribid a **Excelsior**, Poste Res-  
tante Central.

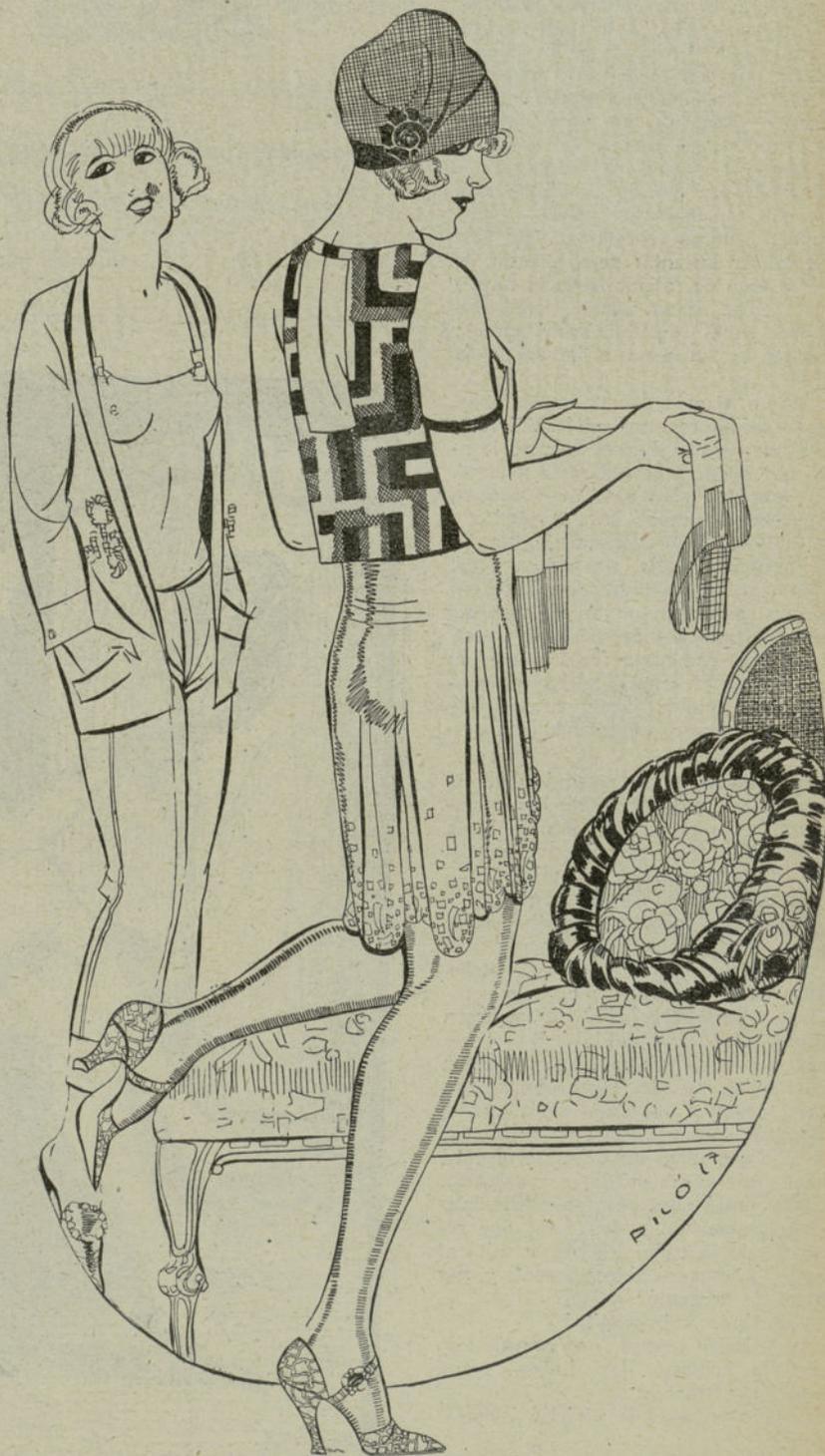
**BORDEAUX (Francia)**

—¿Cuál de ambos, usted quisiera que tocara de esta hecha?  
Y ella dijo, zalamera:  
—Yo me doy por satisfecha con que me toque *cualquiera*...

\*\*\*

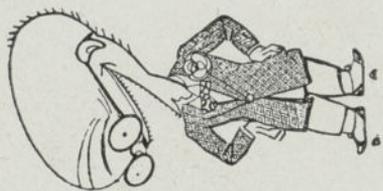
Tiene el fresco de Amador cien acreedores al paso, y asegura sin rubor, cuando se presenta el caso, que su oficio es... *pagador*.

FIDEL PRADO



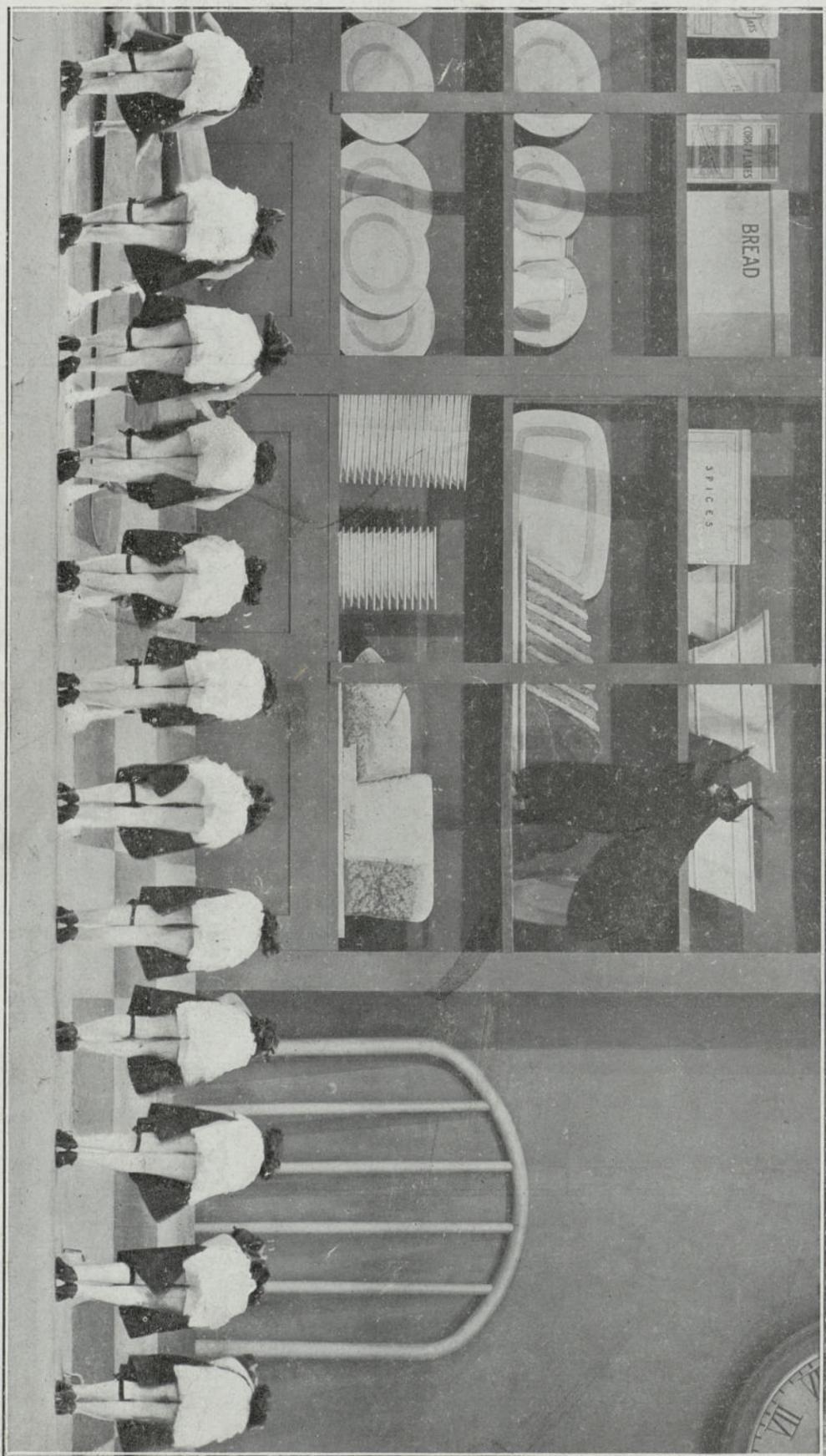
MEDIAS DE TOLOSA, por Picó.

—¡Chica que medias tan largas!... Pues, con lo pequeña que eres, te deben llegar al paladar.



DE LA HERMOSA PELICULA "EL  
SOL DE MEDIA NOCHE" ES ESTA  
FOTO QUE TE QUIERES COMER,  
LECTOR AMADO. ¿QUE COME-  
RAN ESTAS CHICAS PARA SER  
TAN GUAPAS?

FOTO UNIVERSAL



DE ARTE CINEMATOGRAFICO. — UNA ESCENA DE LA INTERESANTE PELICULA "EL JAZZ - BAND  
DEL FOLLIERS"

FOTO METRO GOLDWYN.